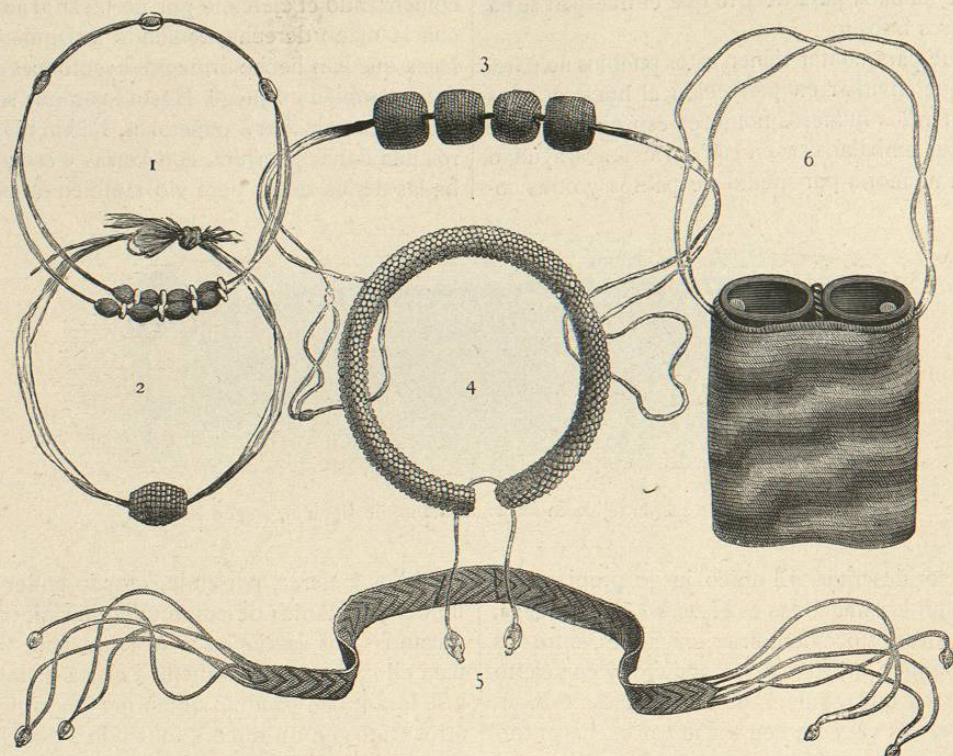


*mwandas*, que, como los de todos los negros, se componen de las cosas más extravagantes.

No sabemos si la esfera de la superstición está en este país tan extendida porque la naturaleza le ha dado esas proporciones ó porque tenemos observaciones más exactas respecto de ella, lo cual hace que se nos aparezca como más extensa. Es muy probable que en este punto haya ocurrido en estos territorios un desenvolvimiento más amplio que en otros pueblos de inferior condición. La creencia en brujas no está menos extendida en Unyoro y en Uganda que la creencia en vampiros y en diablos que devoran á los hombres: se cree que hay hombres que durante la noche abandonan sus cabañas y asesinan á los caminantes para comerse

su carne ó para preparar con ella toda clase de hechizos, y que si bien conservan su forma humana pueden, por medios mágicos, hacerse invisibles. Las lanzadas y los tiros nada pueden contra ellos, y sólo con ciertos palos se puede mantenerlos constantemente delante de sí y á cierta distancia hasta que la luz del día los hace visibles y los da á conocer. Esta pasión por la carne humana es hereditaria en ciertas familias, cuyos individuos no sirven para el matrimonio ni para el servicio, porque no comen todos los manjares, y son objeto de general antipatía. El que una vez ha estado con ellos, les huye y no quiere decir lo que ha visto. Hay, además, brujas que con su simple mirada envenenan los manjares y se los dan á comer á otros que se sienten en se-



Adornos y utensilios de los wagandas: 1, 2, 3, 4 collares. - 5 cinturón. - 6, doble bolsa (Museo Etnográfico, Viena)

guida presa de los más atroces dolores: estos sufrimientos no cesan hasta que se ha encontrado la mujer autora del hecho, pues sólo las mujeres pueden ejercer estas brujerías, y hasta que llevada á presencia del paciente, éste escupe tres veces sobre ella. El número de presagios y de animales y objetos sagrados es infinito. El hecho de que los dientes superiores sobresalgan sobre los inferiores es un signo funesto que sólo puede contrarrestarse con las danzas del hechicero. Un búfalo que cruza un camino ó un antílope enano atraen la desgracia sobre los wagandas; en cambio, el tragelaphus indica suerte. Tan extendida entre los hombres como entre las mujeres está la creencia en las malas miradas, cuyas consecuencias pueden llegar hasta la muerte del que es objeto de ellas.

Los wagandas no tienen, al parecer, días ó períodos de fiesta determinados, excepción hecha únicamente del día en que por vez primera se deja ver la luna nueva; en este caso se disparan fusiles y se tocan tambores. Wilson cree que esta costumbre ha sido introducida por los árabes, pues sólo la observó en la capital; pero indudablemente está íntimamente ligada con las creencias y las supersticiones de los wagandas: por lo menos el rey Mtesa, por lo que nos dice Speke, daba gran importancia á la observación de este período, durante el cual pasa muchos días en medio de sus hechizos con un gran número de amuletos y talismanes.

Speke llama á esta ocupación «la investigación del estado religioso del país.» Cada tres novilunios, la corte se afeita el cráneo, dejándose únicamente los tupés y los mechones de cabello que están prescritos.

En la leyenda de la creación no han olvidado estos pueblos el notable rasgo fundamental de todas las cosmogonías etíopes, á saber la leyenda del camaleón, pero la historia de la primera pareja humana se funda en una porción de ideas extranjeras que pueden haber sido importadas allí desde la costa. El papel que se atribuye á la luna y la explicación que se da de sus manchas pueden reconocerse hasta en las leyendas hotentotes de los apartados territorios meridionales de esa parte de la tierra. Emin Bei oyó en Unyoro las siguientes leyendas relativas á los cuerpos celestes y á la creación: En los primitivos tiempos, dicen los wanyoros, había muchos hombres en la tierra que no morían, sino que vivían eternamente. Pero habiéndose vuelto orgullosos y no aportando ofrenda alguna, encolerizóse el «gran hechicero» (Niavankja ó Kagra) que dirige los destinos humanos, hizo que toda la bóveda celeste cayera sobre la tierra y los mató á todos; mas para no dejar la tierra enteramente desierta, envió «desde arriba aquí» abajo á un hombre y á una mujer: ambos tenían cola y engendraron un hijo y dos hijas que se unieron entre sí. Una dió á luz un animal repugnante, el camaleón (*waiselikotto*); la otra un gigante, la luna. Los dos

niños crecieron, mas pronto surgieron disputas entre ellos, pues el camaleón era malo y astuto, hasta que por último el gran hechicero colocó en lo alto á la luna que desde allí contempla la tierra. Sin embargo, para recordar su origen terrenal se vuelve grande y brillante y luego decrece como si hubiera de morir, pero no muere sino que en dos días da la vuelta al horizonte, de Este á Oeste, y reaparece en el cielo occidental pequeña y cansada del viaje. El sol se enfadó tanto al ver á su nuevo rival y la quemó de tal manera que todavía en la actualidad se ven las manchas de su rostro. El camaleón y su descendencia poblaron la tierra, las colas se cayeron y el color de la piel, en un principio pálido, fué oscureciéndose bajo la acción del sol ardiente. Hoy en día aun están las esferas celestes pobladas de hombres dotados de cola y poseedores de muchos rebaños. Las estrellas son centinelas que pone el gran hechicero durante la noche. Finalmente el sol está habitado por hombres de gigantescas dimensiones. Cierta noche, preguntó Emin Bey el nombre de Venus que tan brillante aparece en el cielo y los wanyoros le contestaron: *Nyansi ja Kuehsi* («amada de la luna»).

El gobierno de los wagandas y de los wanyoros es el feudalismo puro: en teoría el rey gobierna todo el país, pero esto en realidad no es más que una sombra de gobierno, pues el país pertenece verdaderamente á los tres principales caudillos del reino. Aun cuando realmente la monarquía está muy limitada, ocupa exteriormente, es decir en cuanto toca á las fórmulas, una situación imponente. Enfrente de la masa del pueblo, el rey aparece como soberano absoluto, pudiendo disponer á su antojo de la vida de los súbditos y sólo se siente ligado á los supremos cortesanos dentro de un círculo muy reducido. Esta sujeción, que puede ser aún más estrecha según sean la fuerza de mando y la energía, no quita en estas comarcas nada esencial del carácter de déspota á los soberanos, los cuales no dejan de sentir todo el orgullo de su dignidad. Con razón decía á Speke el mahometano Nasib: «Estos reyes wahumas no son como los que habéis visto en Unjamwesi y en otras partes, sino que tienen oficiales y soldados lo mismo que el sultán de Zanzibar.» Esta elevada situación de la monarquía corresponde al carácter apologetico de su historia legendaria ó mejor dicho fabulosa, carácter llevado á tal exageración que el mismo sabio rey Rumanika, el tan ensalzado amigo de Speke y de Stanley, dejaba volar libremente su exaltada fantasía aun hablando de su propio padre é inmediato antecesor. Así por ejemplo refería á Speke (1861) lo siguiente: «Al fallecer este rey, fué cosido, siguiendo la costumbre de los mayores, en una piel de vaca y se le dejó flotar por espacio de tres días sobre las aguas del lago, hasta que comenzó la descomposición y salieron de su cuerpo tres gusanos que fueron llevados á palacio y entregados al sucesor del trono para que los cuidara. Pero en vez de continuar siendo lo que eran, se metamorfosearon el uno en un león, el otro en un leopardo y el tercero en un palo. El cadáver del rey fué llevado á la cima de una montaña y sobre él se construyó una cabaña, y con él fueron encerradas dentro de una valla cinco muchachas y cincuenta vacas que perecieron todas de hambre. - Más admirable fué lo de Rohinda, padre de este rey, el cual vivió tanto que acabó por salirse él mismo fuera del mundo para no condenar á su hijo y sucesor á esperar perpetuamente. Fué enterrado en la misma montaña, Moga-Namirini, en que más tarde se dió sepultura á Dagara, pero de su pecho salió un león joven que guardó la montaña y de ésta salieron otros leones hasta que toda la comarca quedó poblada de estas fieras, lo cual hizo que fue-

ran muy temidos los alrededores de Karagwe. Además de esto, los tales leones prestaron obediencia á la voluntad del joven rey Dagara, el cual gracias á esto entró en campaña con un ejército de leones al que no podía hacer frente ningún enemigo.» También de sí mismo afirmaba Rumanika cosas extraordinarias que, por increíbles que parecieran, eran creídas por él y no se atrevía á ponerlas en duda el «buen tono» de su corte: estas cosas las inventaba probablemente para robustecer su derecho de sucesión al trono, que trataban de disputarle sus hostiles hermanos. Así por ejemplo decía que al morir su padre había aparecido un tambor mágico muy pequeño que, á pesar de ser ligero como una pluma, estaba tan lleno de hechizos que sólo podía levantarlos aquel á quien los espíritus quisieran designar como legítimo heredero. Rumanika, naturalmente, lo levantó con



Escudo de los wanyoros (Museo etnográfico, Viena)

el dedo meñique, mientras que fueron vanos cuantos esfuerzos para levantarlo hicieron sus hermanos. También refirió que todo heredero del trono, antes de entrar en su reino, se sienta en el suelo en un lugar determinado del mismo, que entonces se eleva en forma de columna y hace subir hasta las nubes al que allí está sentado: si este es soberano legítimo lo vuelve á bajar lentamente, pero en el caso contrario lo precipita violentamente y lo destruye.

El ceremonial de la corte ocupa en la vida de la nación así en Uganda como en Unyoro, un lugar tan principal que produce una impresión de exageración y aun de inverosimilitud. También aquí se destaca el carácter de oligocracia. Sólo en determinadas ocasiones puede el pueblo acercarse al rey que por regla general se considera inaccesible para la masa popular: algunos de sus más elevados dignatarios le rodean constantemente, viniendo asimismo obligados varios caudillos á vivir en la corte. Si el rey se decide á admitir á algunos extranjeros á su presencia, la recepción se hace con gran pompa. «Cuando hube pasado el primer patio - escribe Speke hablando de su recepción por el rey Mtesa - quedé aun más sorprendido de las extraordinarias ceremonias que me esperaban. Cortesanos que ocupaban una elevada posición y que iban primorosamente vestidos se adelantaron para saludarme. Por delante de mí pasaron hombres, mujeres, perros y cabras atados. Los hombres llevaban en los brazos gallos y gallinas; pequeños pajes cu-



biertos con gorros con cordones, corrían de un lado á otro llevando recados que evacuaban con tanta presteza como si de su ligereza dependiera su vida y se apretaban la capa de piel al cuerpo para que no pudieran verse sus desnudas piernas.» Después unos músicos danzantes condujeron á toda la comitiva al pórtico en donde estaba el rey sentado en su trono, rodeado por tres lados de sus cortesanos, que se prosternaban en el suelo, y teniendo junto á sí á sus cortesanos íntimos, á algunas hechiceras, y el símbolo de Uganda, ó sea la mujer, el perro, el escudo y la lanza. Delante de él había tendidas por el suelo pieles de leopardo, signos de la dignidad real, y colocados á la vista los más preciosos tambores de palacio. Incapaz de darse cuenta de lo que veía, permaneció el hombre blanco admirado y con la boca abierta, hasta que el rey, levantándose, le preguntó si le había visto y luego se retiró con un andar que imita el del león y consiste en abrir las piernas hacia fuera, cosa que en Uganda se considera como majestuoso, pero que á Speke le pareció el andar del ánade. Una audiencia que se le concedió más adelante tuvo el atractivo de la presencia de centenares de esposas del rey, de las cuales debían, sin embargo, apartar los ojos todos los súbditos de Uganda. A la mañana siguiente, encontró Speke en su cabaña 20 vacas y 10 cabras que le habían sido enviadas como presente de hospitalidad por el rey, el cual le mandó á decir cortesmente que le había gustado mucho. El círculo de hechiceras y de supersticiones dentro del cual viven todos los wagandas es doblemente férreo cuando se trata del rey á cuyo alrededor forma una nube de locos en medio de la cual vive y se mueve. Speke dice: «La superstición está tan enseñoreada de estas tenebrosas regiones como lo estaba en tiempo de Nabucodonosor. Las manos no pueden sostener objeto alguno que no esté hechizado. Frotando con las manos y con el rostro logra el que lleva un hechizo desprenderse de él. Por esto las oblaciones en estas ceremonias son un asunto muy importante y en las audiencias se amontonan y empujan hombres, mujeres, vacas, cabras, aves, tazas con peces, cestas con pequeños antílopes, puercos espines, ratones raros que han cogido los cazadores, rollos de *mbugu* de sus fabricantes, tierras de colores, bastones y otros objetos mágicos de sus hechiceros, todo cuanto por este medio puede ser deshechizado y ofrecido.»

La corte y el consejo del rey están compuestos casi exclusivamente de los *wakungus* ó nobles: la dignidad de los tres *wakungus* directores es hereditaria. El primer funcionario del Estado después del rey es el *katikiro* ó canciller del reino, que es nombrado por el monarca y conserva su cargo durante toda su vida ó mientras place al rey: él es quien preside á todos los demás magnates y ocupa en el consejo un sitio al lado del soberano. Además de estos personajes hay otros dos de gran importancia en la corte que son el primer cervecero y el primer cocinero, los cuales ocupan una posición elevada, se sientan cerca del rey y toman parte en el gran consejo. Este gran consejo, *uchiko*, es el verdadero poder gobernante dentro del Estado y se compone del rey, del *katikiro*, de los *wakungus*, de los altos *watongolis*, del primer cocinero, del cervecero y de uno ó dos cortesanos más. En los tiempos normales reúne el consejo cada día y dedica algunas horas á discutir los negocios del Estado. Los caudillos tienen el derecho de pedir la convocatoria del mismo cuando lo creen necesario. Aun cuando en las cosas de poca monta el rey puede obrar á su capricho, en las cuestiones de importancia viene obligado á consultar al consejo, y cuando éste y los caudillos de consumo desean una cosa, ningún rey se atrevería á oponerse á ella, á menos de exponerse á ser destituido y

reemplazado. Todos los caudillos tienen que permanecer por turno tres meses al lado del rey, pudiendo pasar los nueve meses restantes en sus dominios provinciales. Esto no obstante, la mayor parte de los *wakungus* y los supremos *watongolis* viven constantemente en la capital, cuando no están ausentes por causa de guerra.

Desde el punto de vista político pueden ser distribuidos los wagandas en cuatro clases, á saber: esclavos, *wakopis* ó labradores, que forman la gran masa de la población, *watongolis* ó caudillos de segunda fila, y *wakungus* ó caudillos de primera categoría. Los *wakopis* son, bajo muchos conceptos, la clase más importante, ya por su mayor número, ya porque de ellos se compone el ejército que ha hecho temible en todos los países vecinos el nombre de los wagandas. De entre sus filas se recluta la segunda categoría de los caudillos y los hijos de los *watongolis* vuelven á ser *wakopis*, pues aquella dignidad no es hereditaria. Los *watongolis* ó caudillos de segunda fila administran las provincias bajo la soberanía de los *wakungus* y han de poner en pie de guerra, cuando ésta estalla, un número determinado de soldados. Gracias á esta jerarquía de empleados, ó si se quiere cortesanos, que funcionan cerca del gobierno y están en continuo movimiento desde la residencia de éste á los diversos puntos del territorio y viceversa, manteniéndose firme la cohesión interna de la administración del país. El rey ó sus consejeros saben cuanto en éste ocurre y tienen medios para llevar enérgicamente su acción hasta la periferia. «En Uganda no se pierde nada,» dice Emin Bei y en efecto antes de abandonar el territorio de Mtesa le fueron entregados los bagajes que había dejado olvidados en Rubaga. Todos esos caudillos son por su categoría funcionarios ó jefes en sus territorios, pero todas las cuestiones graves son sometidas á los supremos *wakungus*, al canciller del reino ó al monarca, á cuya decisión pueden apelar los litigantes. No existe, naturalmente, código alguno á tenor del cual puedan ser fallados los litigios, pero rigen algunas leyes de equidad por las cuales puede dictarse sentencia. Los condenados son puestos en el palo ó mutilados ó muertos. El palo consiste en un pesado bloque de madera con un agujero, en el cual se fija el pie que no puede salir de él porque se lo impide una clavija debidamente colocada. Du Chaillu describe un instrumento análogo que se usa en Nschogo. Este castigo se aplica á los reos de delitos pequeños, de robos insignificantes y á las mujeres y esclavos que se niegan á obedecer. A menudo se castiga el robo con la pérdida de las manos, de la nariz ó de las orejas. El adulterio es castigado con pena de muerte é igual pena se aplica algunas veces al asesinato, pero este delito se pena generalmente con una multa. Los wagandas tienen varias maneras de ejecutar las sentencias de muerte: las más usuales son cortar la cabeza y ahorcar: los sacrificios humanos se ejecutan siempre por medio de la decapitación. Para los criminales de la peor especie hay un castigo por el cual la víctima va muriéndose lentamente: consiste en herir profundamente el cuerpo con astillas de caña, evitando cuidadosamente todo derrame copioso de sangre. Mtesa tiene una pequeña cohorte de verdugos, algunos de los cuales le acompañan siempre en la corte: llevan en la cabeza una soga ó una tosca corona de hierba para hacer más salvable su aspecto.

La crueldad es un rasgo demasiado saliente en las máximas gubernativas de Uganda para no arrojar una sombra mancha en el hecho de su superior desenvolvimiento, pues perturba siempre y en todos lugares el desarrollo del cuadro de una civilización elevada, cuyos rasgos fundamentales cree uno ver brillar como algo naciente. Emin Bei

señala marcadamente el contraste que ofrecen las destrucciones de existencias humanas, aun en tiempo de paz, comparadas con el espectáculo de la naturaleza, escribiendo en el camino de Rubaga el Ukerewe lo siguiente: «Cual por entre jardines caminábamos entre bosques de plátanos y casas; donde quiera que el hombre ha dejado un hueco, la madre naturaleza se ha apresurado á cubrirlo con exuberante vegetación de hierbas y con elegantes y esbeltos árboles. Incesantemente se van sucediendo los jardines artificiales y los naturales, pero los primeros, formados con plátanos y batatas dulces, no pueden competir con los segundos ni por la belleza de sus colores ni por su variada estructura. ¡Hermoso país, con su terreno rojizo, sus verdes jardines, sus alegres montañas y sus sombríos y apacibles valles! La naturaleza ha derramado allí pródigamente sus gracias: sólo el hombre turba la armonía de estos cuadros. Los cadáveres que se encuentran en medio de los caminos nos obligan á torcer el rumbo: los pequeños buitres de Uganda abandonan con estrépito su terrible festín al sentir que nos aproximamos. Cuatro cadáveres yacen allí: el joven y el viejo han sucumbido á manos del verdugo, ostentando el uno un tajo en la garganta que llega hasta la columna vertebral y el otro el occipucio destrozado por un terrible golpe. ¡Y cada día y á cada hora pasan por su lado otros hombres que quizás en breve sufrirán igual suerte!»

Los wagandas se han mostrado benévolos hacia las influencias extranjeras. El negro no se muestra celoso del extranjero: es demasiado curioso para ello. Así es que los extranjeros pueden asistir á su consejo y muchas veces se les consulta sobre asuntos sociales y políticos, pero les está absolutamente vedado inmiscuirse en toda cuestión que se relacione con la sucesión al trono. Según la memoria del misionero Wilson publicada en 1882, los extranjeros comienzan á influir hasta cierto punto en el pueblo. «De año en año — dice — va esto en aumento, de suerte que en este concepto se ha realizado un notable progreso desde los tiempos de Speke.» Los árabes, que son los que más tiempo hace habitan en ese país, han ejercido naturalmente mayor impresión en el pueblo, aunque no tanta como podría creerse dada la prontitud con que los wagandas aceptan é imitan todo lo nuevo. Así por ejemplo, en tiempo de Speke todo el mundo llevaba la tela de corteza llamada *mbugu* y nadie, incluso los miembros de la familia real, podía vestir otra; y ahora ni Mtesa ni la mayoría de sus caudillos usan esa tela indígena. El número de las armas de fuego aumenta todos los años y traerá indudablemente muy pronto un cambio radical en la manera de hacer la guerra. Cada día se plantan más árboles frutales y legumbres extranjeras. Hay muchos caudillos que usan sillas y escabeles, así como antes todos se sentaban en el suelo. Los pocos instrumentos europeos que, como las limas y los tornillos, han llegado á Uganda han sido hábilmente utilizados por los obreros ugandeses y la casa cuadrada con paredes perpendiculares y techo puntiagudo que construyeron los misioneros, ha sido imitada, bien que en pequeña escala, por muchos caudillos.

El resultado bajo muchos conceptos más importante del trato de los comerciantes de Zanzíbar con los wagandas ha sido la introducción del idioma suaheli, pues aun cuando el pueblo por regla general no lo comprende, encuéntrense en todas las grandes aldeas dos ó tres personas que lo hablan, amén de la corte en donde es un lenguaje poco menos que usual: Mtesa lo habla como su idioma propio y la mayor parte de los magnates del reino lo entienden en parte, de suerte que el viajero que procedente de la costa orien-

tal llega á Uganda puede inmediatamente entrar en tratos con el pueblo. Téngase en cuenta que este resultado se debe á lo sumo á dos generaciones de traficantes.

Las religiones extranjeras han causado hasta el presente poca impresión en los wagandas: los mahometanos no han podido propagar la suya, pues la pretendida conversión de Mtesa primero al cristianismo (por Stanley) y luego al islamismo, fué simplemente nominal, de modo que los mismos árabes no formulan sobre él pretensión alguna como convertido. Mtesa no quiso someterse á la circuncisión y por orden suya fueron quemados cien niños y adultos que se habían sometido á este rito. La circuncisión parece haber sido la causa principal de que esta religión no se propagara entre los wagandas.

La familia real no pertenece á la tribu de los wagandas sino á la de los wahumas, de cuyo origen hablaremos más adelante, y aun cuando se ha mezclado bastante con negros, conserva todavía suficientes rasgos característicos de la referida tribu para hacer aparecer á Mtesa como extranjero en medio de sus súbditos. En punto á la sucesión al trono rigen leyes muy extrañas. Al morir un rey, los tres primeros *wakungus* eligen solos al sucesor de entre los hijos del difunto: siempre el elegido es un niño, durante cuya menor edad gobierna su madre con los tres magnates del país, siendo el joven rey criado en las tradiciones de sus mayores. Si los tres caudillos no están de acuerdo respecto de la elección de sucesor, se declaran entre sí la guerra y el vencedor sienta en el trono al niño por él elegido. Los hermanos del elegido rey son guardados prisioneros durante la menor edad de éste y al ponerse al frente del gobierno se les quema á todos menos á dos ó tres que continúan la tribu para el caso de que el joven monarca falleciese sin sucesión. Los hijos del rey no constituyen rango ni estado alguno especial y no todas las princesas pueden casarse.

La poligamia, favorecida por un gran exceso de mujeres, es costumbre general en Uganda, comenzando por Mtesa, que tiene 7,000 esposas (al recibir por vez primera á Speke, le pidió perdón por no ofrecerle ninguna cabaña en palacio porque todas estaban ocupadas por sus mujeres) y acabando por el *mkopi* que á duras penas puede comprarse un par. Esto engendra naturalmente una gran inmoralidad, tanto más cuanto que entre la clase baja hay muchos que no pueden adquirir ni una mujer. El matrimonio se trata como un simple negocio: el precio común de una mujer es ó bien tres ó cuatro bueyes, ó seis agujas de coser ó una caja llena de cartuchos. Speke vió cómo dos mujeres del rey de Uganda ofrecieron á éste sus hermanas pequeñas, oferta que aceptó el monarca sentándose primero sobre el seno de la una y luego sobre el de la otra, abrazándolas é inclinando su cabeza sobre sus hombros derechos primero y sobre los izquierdos después: de esta suerte quedaba, al parecer, consumada la ceremonia del matrimonio. Algunos delitos son castigados con entrega de mujeres, lo cual se presta á grandes arbitrariedades y además los hombres pueden vender como esclavas á sus esposas por cualquier delito que hayan cometido. Una de las fuentes de la influencia ó de la popularidad del rey es el hecho de procurar mujeres á sus *wakungus*. La ley no prohíbe los matrimonios entre próximos parientes que se contraen con mucha frecuencia. Al morir un varón, su primogénito hereda todas sus mujeres, excepto su propia madre. Las mujeres rara vez tienen más de dos ó tres hijos y en virtud de una ley que presupone la poligamia, la madre, después de dar á luz un hijo, ha de vivir dos años separada de su marido: el rey y los caudillos tienen algunos edificios diseminados por el país á los cuales envían á sus mujeres durante este período. Los mellizos son aco-